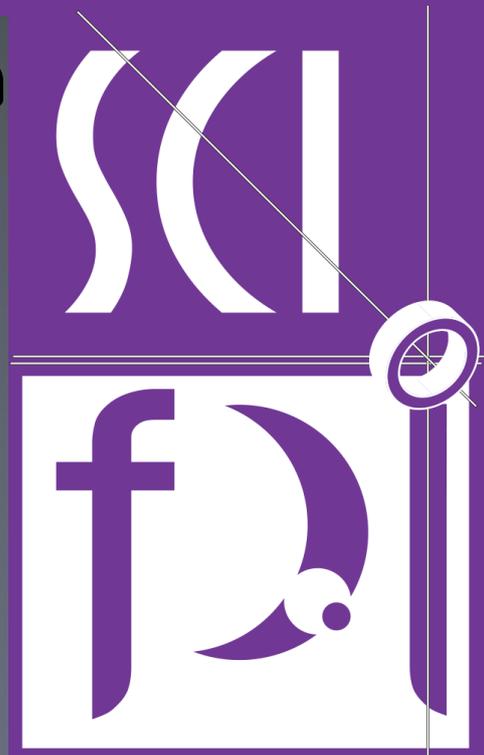


Sci-Fdi: Revista de Ciencia Ficción
de la Facultad de Informática
de la UCM



Burocracia y burócratas

Los trámites nos acechan incluso en el espacio exterior

<http://www.ucm.es/sci-fdi> | scifdi@fdi.ucm.es



**UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID**

·Sicut societas sic ius: el burocratismo en la ciencia ficción ·Cumpliendo órdenes
·Márquez y la máquina de café ·La vida de las normas absurdas ·De nuevo
cumpliendo órdenes

Comité Editorial

Rafael Caballero Roldán
Enrique Eugenio Corrales Mateos
Héctor Cortiguera Herrera
Marco Antonio Gómez Martín
Javier Muñoz Pérez
Salvador de la Puente González
Francisco Romero Calvo
Fernando Rubio Díez
Julio Septién del Castillo
David Sigüenza Tortosa

Portada

Generada con DreamStudio

La plantilla para la maquetación de este número de Sci-Fdi ha sido realizada enteramente en \LaTeX por David Pacios Izquierdo (Pascal) como colaboración con la Oficina de Software Libre y Tecnologías Abiertas de la Universidad Complutense de Madrid.



OFICINA DE SOFTWARE LIBRE
VICERRECTORADO DE TECNOLOGÍA Y SOSTENIBILIDAD
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE MADRID

Editorial

Comité Editorial

Como todo el mundo sabe, no ha existido ninguna prueba más compleja de superar en toda la historia (real o imaginaria) que aquella a la que tuvieron que enfrentarse dos famosos galos para conseguir el formulario A-38 en la casa que enloquece. Efectivamente, la burocracia nos puede acechar en cualquier tiempo y lugar, no solo en nuestras comunes y vulgares vidas, también en los confines más remotos del universo. Es por ello que hemos querido dedicar este número de la revista a la burocracia, ese invento necesario para el buen funcionamiento de cualquier sociedad compleja, pero cuyas tendencias elefantiásicas devoran con facilidad la eficiencia de cualquier organización.

Comenzamos el número con un estupendo ensayo de Rutwig Campoamor Stursberg, que hace un repaso por las principales obras de ciencia ficción en las que la burocracia juega un papel central en la trama. No podemos por menos que recomendar encarecidamente no solo su lectura, sino también la lectura de buena parte de las obras allí mencionadas. Tras ponernos en contexto burocrático, presentamos cuatro nuevos relatos en los que el seguimiento escrupuloso de las normativas burocráticas conduce a situaciones rocambolescas. Empezamos con las andanzas del señor Campillo, un gran virtuoso *Cumpliendo órdenes*. A continuación nos introduciremos en la curiosa y cambiante relación entre *Márquez y la máquina de café*. Posteriormente nos centraremos en el ciclo de vida de las normas, pero más concretamente en *La vida de las normas absurdas*. Finalmente, en *De nuevo cumpliendo órdenes* sabremos qué pasa con el señor Campillo tiempo des-

pués de sus primeras andanzas.

Antes de finalizar, el equipo editorial desea realizar una importante aclaración. Ha llegado a nuestro conocimiento el rumor recientemente propagado de que nuestra animadversión hacia la excesiva burocratización se debe al hartazgo que nos produce el continuo cambio de normativas educativas, así como la creciente creación de protocolos innecesarios que deben cumplirse de cara a las agencias de evaluación. El equipo editorial desea anunciar que, lógicamente, estas acusaciones están plenamente fundamentadas.

Índice

Sicut societas sic ius: el burocratismo	
en la ciencia ficción	4
Cumpliendo órdenes	14
Márquez y la máquina de café	18
La vida de las normas absurdas	23
De nuevo cumpliendo órdenes	27

Edición web: <http://www.ucm.es/sci-fdi>
Envíos y sugerencias: scifdi@fdi.ucm.es

Aviso Legal

Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia "Creative Commons Reconocimiento 3.0", con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-FDI se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.



Sicut societās sic ius: el burocratismo en la ciencia ficción

Campoamor Stursberg, Rutwig

¿Quién no se ha visto, a lo largo de la vida, enfrentado en uno u otro momento al implacable, inmovilista, incomprensible y a la par genuinamente kafkiano aparato burocrático? Una vieja máxima, en ocasiones esgrimida por los anquilosados e imperturbables representantes de tan distinguida profesión, reza que “la fortaleza del aparato burocrático se mide por su capacidad para denegar los medios a quienes los solicitan”, lo que puede considerarse una magnífica caracterización, aunque deje de lado algunas de las propiedades intrínsecas del sistema, como la existencia de multitud de normativas contradictorias y en ocasiones mutuamente excluyentes, así como su inextinguible afán por dilapidar recursos en infinitos trámites ocasionalmente absurdos y accesorios, rechazando con contundencia cualquier variante, mejora o innovación que pueda agilizar u optimizar el procedimiento, cuestionando de esta forma la sacrosanta e inviolable naturaleza de la normativa oficial, por ineficiente que ésta resulte, y elevando la burocracia al nivel de un culto sagrado al que todo ser viviente debe postrarse en señal de su devoción.

Aunque no puede cuestionarse la necesidad de unos mínimos normativos que regulen nuestra actividad como elementos de una sociedad, para evitar una entropía incontrolable, los reglamentos excesivos que derivan en un sustitutivo de las tendencias filosóficas o las tradiciones religiosas, como se han dado (y se dan) diversos casos a lo largo de la historia, rara vez tienen como resultado una mejora en la convivencia social, sino que generalmente ocasionan tumultos del todo innecesarios.¹ En este contexto, es célebre la “ley de hierro” de Jerry Pournelle, principalmente conocido en el mundo de la ciencia ficción por sus colaboraciones con Larry Niven, y que postula que “en toda burocracia, los funcionarios devotos al beneficio de la burocracia en sí misma siempre conseguirán el control, mien-

tras que aquellos dedicados a que la burocracia cumpla su función primordial serán relegados y perderán toda influencia, cuando no sean directamente eliminados”.

La fiebre por normalizar y optimizar la actividad humana mediante la “racionalización y normalización de procedimientos” no ha sido, a lo largo de la historia, exclusiva de los legisladores y funcionarios notariales, sino que progresivamente ha ido invadiendo todas las esferas vitales, desde la organización del trabajo hasta la producción científica, la educación y la sanidad, así como las actividades artísticas y culturales. En este contexto, es célebre el taylorismo, una filosofía de la optimización con pretensiones científicas, desarrollada principalmente por Frederick W. Taylor a finales del siglo XIX, y que sería un referente central en la organización industrial de la época. Teoría inicialmente racional y desarrollada con intenciones reales de mejora, el taylorismo ha sido posteriormente convertido en una nueva doctrina para el análisis y síntesis de procedimientos de eficiencia económica y productividad laboral,² en la que muchas de las mejoras sugeridas son ciertamente cuestionables.³

La ciencia ficción, como todo género literario, no lleva una existencia independiente e inmune a las intercesiones burocráticas, como queda demostrado con cada obra que, por uno u otro motivo, se ha visto censurada en su momento. Es por tanto natural que diversos autores, bien con fines edificantes o meramente para desahogar sus penas, hayan recurrido a esta fuente inagotable de situaciones administrativas surrealistas para incluirlas en sus tramas, sea como tema principal o como adminículo para transmitir su mensaje. Es indiscutible que una temática centrada en las delicias que nos ofrece la taxonomía burocrática de la sociedad puede no resultar muy atractiva al lector habituado a los exploradores espaciales, los enigmáticos planetas de remotas

galaxias, las escaramuzas con exóticos invasores multiformes o los robots, andróides y demás fauna tecnológica que puebla el universo de la ciencia ficción, motivo por el cual los títulos más destacados que versan sobre esta materia no suelen ser los más populares o conocidos. No obstante, merece la pena detener nuestra atención en tales composiciones, dado que éstas contienen siempre el germen de una interesante discusión o denuncia social.

Toda distopía que se precie está tradicionalmente ligada a la descripción, aunque sea superficial, de una férrea y (generalmente) opresiva burocracia que coarta la libertad del individuo, reduciéndolo a una insignificante entrada en un libro de asientos o a un código numérico en algún sistema experto que, por elefantiásico, ya ha escapado a todo control humano. Sin embargo, estas obras raramente se recrean en inventariar las complicaciones y obstrucciones generadas por normativas intencionalmente enmarañadas, sino que se centran en las desventuras de un individuo o grupo opositor que, mediante una revolución o levantamiento popular, trata de cambiar el statu quo.⁴ No constituyen, en consecuencia, ejemplos plenamente representativos de lo que pretendemos comentar en esta ocasión, que se centra en algunas de las jocosas o irritantes situaciones provocadas por el burocratismo, y cómo éstas son eludidas o burladas por sus protagonistas.

Comenzamos nuestro periplo por una obra ya clásica, *Memorias encontradas en una bañera*, del siempre agudo S. Lem. De esta perspicaz sátira se ha dicho que tematiza "la debilidad epistemológica en la comprensión tanto apriorística como sensualista del estado ontológico del ambiente", una grandilocuente descripción que, al margen de coincidir o no con las pretensiones metafísicas de Lem al escribirla, tiene más valor como una fórmula del sincretismo que utilidad en la interpretación de la novela. El protagonista de la historia es un agente que debe presentarse ante sus superiores del Distrito Cósmico (familiarmente llamado "el Edificio") para recibir órdenes sobre su próxima misión. En este punto comien-

za la grotesca odisea que lleva a nuestro anónimo protagonista a través del inmenso laberinto de asesorías, dependencias, oficinas, archivos y oficialías contendidas en el Edificio, y sin que las incesantes entrevistas o interrogatorios con los militares y empleados civiles de todo rango y condición le revelen lo más mínimo acerca de su misión. El ambiente de constante paranoia que reina en todas partes, con una obsesión enfermiza de espiarse y vigilarse mutuamente, así como por cifrar de manera múltiple los códigos secretos, haciendo que sea de todo punto imposible reconstruir un mensaje original coherente, lo que, añadido a la permanente sensación de que ninguno de los cargos al mando de una sección tiene realmente idea de cuáles son las atribuciones que le competen, minan de forma lenta pero continua el optimismo inicial del protagonista. Sus convicciones se van desmoronando como un castillo de naipes conforme va experimentando la hipertrófica y opaca organización del sistema, basada en una escrupulosa y detallada planificación perfectamente inútil, defendida a ultranza por todos los implicados, incluso por aquellos que se han percatado de su futilidad. Desde un punto de vista filosófico, este libro es sumamente pesimista, ya que postula que la consciencia de la inutilidad de un sistema no sólo no nos permite escapar del mismo, sino que será la causa de nuestra propia destrucción, al generar dudas sobre el verdadero significado de la realidad y la verdad. Aunque la obra de Lem es prolífica en su crítica a la burocracia, no es común que juegue un papel central en las tramas, salvo en la novela anterior y, en menor medida, en su *Ciberíada* (1965), donde comparte protagonismo con tiranos, mercenarios, espías y otros especímenes poco gratos.

Los hermanos Strugatsky, consumados especialistas de la ironía y veteranos en haber experimentado la censura administrativa a lo largo de toda su carrera, atacan sin piedad la estulticia de los burócratas gubernamentales en la mayor parte de su producción literaria. Algunos títulos, no obstante, destacan por tener tales oscuros funcionarios como personajes centrales a la trama.

Destaca principalmente *Cuentos de la Troika* (1968), una interesante parábola que pone de manifiesto que el ansia de control de los estamentos políticos no se detiene ni ante las verdades científicas. Situada en un país imaginario, pero administrativamente dependiente de Moscú, la novela relata el quehacer de una comisión formada por tres tenaces e incorruptibles funcionarios, conocidos como la troika, que auxiliados por un secretario totalmente devoto a la causa y un asesor científico apático y del todo incompetente, tiene como misión analizar, aprobar y legitimar legalmente fenómenos extraños, así como decidir si éstos son provechosos para el pueblo o, de lo contrario, perniciosos para el bienestar público, lo que implica ser catalogados como insalubres y ser categóricamente prohibidos. Ante tan distinguido tribunal, caracterizado por su devoción casi religiosa al reglamento, desfilan diversos personajes, que deben convencer a los jueces de que sus expedientes no sean cerrados con el temible sello que supondría su aniquilamiento social. El punto álgido de la novela es la indefensión total de un curioso extraterrestre durante la grotesca presentación de su caso ante el tribunal, donde la misma existencia del ser es puesta en evidencia por los obstinados jueces y sus acólitos, al superar ampliamente sus límites de comprensión. En otros términos, aquello que no está explícitamente tipificado en la normativa está bien prohibido o simplemente no existe.

El relato *Ulitka na sklone* (1966) es posiblemente más mordaz en su crítica. La novela completa se compone de dos partes, claramente diferenciadas,⁵ de las cuales la primera, subtitulada *Peretz*, es la relevante para el tema que nos ocupa. La trama se desarrolla en un inmenso bosque que, de algún modo, simboliza la sociedad soviética. La administración del bosque, a cargo de un ejército de funcionarios en su mayoría incompetentes, malversa los recursos existentes en procedimientos administrativos absurdos, basados en supuestas evidencias científicas a menudo risibles, y con frecuencia contradictorios en su finalidad. El protagonista es un sufrido lingüista llamado

Peretz, que trata inútilmente de acceder al bosque, al negarle constantemente el directorio el permiso por causas ridículas. Peretz es testigo de una inmensa maquinaria que trabaja y discurre en contra de sus propios intereses, convirtiendo en caóticas las cuestiones más triviales. De este modo, Peretz es desahuciado de su hotel sin haber recibido la autorización para marcharse, problema que solventa adecuadamente pernoctando con una empleada del directorio a la que ha estado cortejando cierto tiempo. Su sorpresa es mayúscula al despertar a la mañana siguiente como director general, con su amante como asistente personal, sin saber bien cómo ha podido producirse tal situación. Como jefe supremo del directorio, se produce en el infeliz Peretz un cambio mental, convirtiéndose (¿involuntariamente?) en un engranaje del sistema, cuyas decisiones son tan absurdas y grotescas como aquellas sobre las que el lingüista se escandalizaba durante su infructuosa espera. La narración es compleja, no exenta de alusiones a la situación política de la URSS en el momento, brillantemente presentadas de forma críptica y disimuladas como fábula, que nos hacen recordar sátiras de los primeros años de la era soviética, tales como el breve relato *Duelo a muerte* de Valentin Katayev, escrito en 1925, en el cual el director de un organismo estatal no especificado, empeñado en acabar con la burocracia,⁶ se enzarza en una disparatada y absurda disputa con su primer delegado y el suplente de éste, que resultan ser todos cargos que desempeña simultáneamente el director, al estar el primer delegado de vacaciones y sustituirle el propio director. De esta época data igualmente el brillante e hilarante relato *Los huevos fatales* (1925) de Mijail Bulgakov, en el que se narra el extraordinario descubrimiento del profesor Persikov, consistente en una radiación roja con la notable propiedad de acelerar el crecimiento de los organismos. Cuando una extraña plaga acaba con toda la producción avícola soviética, las autoridades requisan el descubrimiento de Persikov para establecer unas granjas en las cuales, mediante huevos importados, puedan rehacer en tiempo récord la industria. Sin embargo,

como consecuencia de un error administrativo y la incapacidad de los funcionarios a cargo de las granjas, se cruzan equívocamente los envíos y, en lugar de huevos de gallina, se irradian huevos de reptil, destinados originalmente al instituto de Persikov. Cuando estos huevos eclosionan, los reptiles que surgen de ellos crecen y se reproducen de forma desmesurada, convirtiéndose en monstruos que destruyen todo a su alrededor, masacrando incluso a la imbatible caballería.⁷ El desastre llega a su fin cuando unas heladas acaban con los reptiles y los huevos. Sin embargo, el descubrimiento de los rayos milagrosos también se pierde, cuando la turba enfurecida, que achaca la responsabilidad de lo ocurrido al zoólogo Persikov, asalta e incendia su casa, linchando tanto al sabio como a sus ayudantes, destruyendo completamente sus archivos y su laboratorio.

Tales sátiras directas a la administración, posteriormente representadas de forma magistral por el dúo Ilf y Petrov,⁸ desaparecerán completamente de la literatura soviética en los años treinta, teniendo tan sólo esporádicas reapariciones, hábilmente disimuladas, tales como el relato *La isla Pirrou* (1965) de Alexander Sharov, en la que un dictador megalómano instaura una absurda burocracia llena de prohibiciones ridículas, tales como llevar cremalleras en la ropa. No obstante, un error en la redacción del decreto de prohibición tiene consecuencias nefastas para el clima de la isla.⁹ En una espiral de insanidad ascendente, se prohíben los fenómenos eléctricos y se instaura por ley que la Tierra es plana. El desorden provocado por una burocracia cada vez más alejada de la realidad deriva en un levantamiento popular, en el que, en un acto final de estupidez, el presidente depuesto hace detener a su propia estatua, al no cumplir ésta con las exigencias en materia de indumentaria dictadas por la ley.

Fuera de estos exiguos ejemplos, a los que podríamos añadir las *Parodias fantásticas* de Vladlen Bakhnov, aparecidas en 1966, en lo que sería el equivalente soviético de los relatos ultracortos al estilo de Fredric Brown, la sátira o crítica directa

a los procedimientos administrativos será una rareza en los autores del bloque oriental, al ser la burocracia la base misma de la sociedad, y no constituir un tema que motivase a los lectores a evadirse brevemente de la realidad, al margen de ser un tema peligroso que no debía tomarse a la ligera.

En el contexto de los autores occidentales, la perspectiva desde la que se aborda la temática burocrática es distinta, y suele estar indisolublemente asociada al innecesario agotamiento de recursos para justificar la existencia de una jerarquía de funcionarios, y las dificultades que éstos ocasionan a los emprendedores e industriales. Hasta cierto punto, los textos que aparecen en este sentido son una queja, tosca en ocasiones, al intervencionismo gubernamental y su alejamiento de las necesidades sociales puntuales. En este ámbito, y aunque la temática principal es otra, la obra más conocida del autor británico M. John Harrison, *The Committed Men* (1970), contiene algunos puntos dignos de mención. El texto es una convencional narración en que se describe una Inglaterra asolada y empobrecida a causa de un accidente en un reactor nuclear, que ha provocado que la sociedad británica se desmorone y la población, dispersa en asentamientos rurales, lleve una existencia miserable y primitiva, diezmada además por enfermedades ocasionadas por la radiación. Cuando un pequeño grupo organiza una expedición a las ruinas de Londres, su estupor no tiene límites al descubrir que los pocos supervivientes, pertenecientes a una saga de burócratas (empedernidos), llevan una existencia absurda y carente de sentido, basada en perpetuar procedimientos administrativos ya completamente baldíos, rellenar sin descanso instancias dirigidas a entidades ya extintas y crear nuevas normas de uso interno, totalmente ajenos al hecho de que el aparato estatal que legitimaba su existencia ya es historia.

Una temática similar, pero más elaborada y convincente, la hallamos en *Dodkin's Job*, un relato distópico de Jack Vance aparecido en 1959. El tema principal es la organización de la sociedad, que el autor presenta como una intrincada maquinaria ba-

sada en rígidas normas, cuya eficiencia y estabilidad final depende de la ciega aquiescencia de la ciudadanía, redefinida como mero engranaje de un complejo sistema jerárquico aparentemente controlado por una casta burocrática, pero organizado de facto por una computadora. La conformidad del individuo con un sistema en sí mismo cuestionable es premiada con actividades lúdicas de distinta índole, siguiendo unos cánones de comportamiento que harían las delicias de un Pavlov y sus discípulos. El protagonista de la historia, un inconformista nato llamado Grogatch, que rehúsa admitir su condición, se ve continuamente degradado en su clasificación social por protestar (acertadamente) ante la imposición de normas cada vez más absurdas, que, enmascaradas en procedimientos de aparente eficiencia, tienen un efecto diametralmente opuesto, al que se añade la progresiva desmoralización de aquellos trabajadores que aún tienen un criterio propio. A causa de la introducción de una nueva norma de ahorro que implica de hecho una prolongación no remunerada de la jornada laboral, y que todos sus compañeros acatan ciegamente, Grogatch decide protestar enérgicamente ante sus superiores. No obstante, pronto se percata de que el conducto reglamentario no es más que una infinita cadena de etapas, cada una de las cuales tramitada por una comisión o servicio distinto, cuya finalidad es que las "sugerencias y mejoras" planteadas por la ciudadanía se diluyan en un océano de papel, para quedar finalmente relegadas al olvido. Haciendo gala de una admirable obstinación, Grogatch se presenta ante cada uno de los jefes de sección, disfrazado como inspector con funciones no especificadas, para exigir la revocación de la norma. No obstante, cada uno de los comisionados se limita a dirigirle a otro departamento (encarnando el famoso "vuelva usted mañana" immortalizado por Larra), iniciando un largo periplo que acaba en la oficina del comisionado de obras públicas, último eslabón de la cadena burocrática. El entusiasmo renovador del protagonista se evapora instantáneamente al descubrir finalmente que toda la normativa se procesa de forma automáti-

ca, sin que ninguno de los responsables ni legisladores se moleste siquiera en leerla.¹⁰ No obstante, una indiscreción casual le releva que todas las normas se procesan a través de una oficina ya olvidada y oculta en los sótanos del ministerio, custodiada por un anciano operador llamado Dodkin, perteneciente al más bajo escalafón. Cuando Grogatch visita a este último, descubre que utilizando un centro de control ya en desuso, es posible introducir con discreción modificaciones en las normas dictadas, y que dichas alteraciones no son detectadas, al no ser supervisadas por nadie. De este modo, el protagonista descubre la única vía posible para mejorar tanto su situación como (supuestamente) la de tantos otros desheredados como él. Con el fin de relevar a Dodkin en su puesto, que sólo conserva por no haber nadie disponible para reemplazarle, Grogatch se rebela abiertamente contra sus superiores, siendo automáticamente relegado como castigo al lóbrego sótano de Dodkin. La historia acaba con Grogatch maquinando las primeras alteraciones en la normativa que, algún día, le lleven a la cúspide de la sociedad. El relato de Vance, aunque redactado desde la ironía, supone una crítica directa de la molesta tendencia política de introducir "manuales de eficiencia y organización" en actividades profesionales de las que ignoran absolutamente todo, consiguiendo únicamente irritar innecesariamente a quienes realmente deben realizar el trabajo.

Erik F. Russell, por su parte, opta por la ironía y burla directas, siendo *Allamagoosa* (1959) y *Study in still life* (1959) los relatos más destacados en este sentido. En el primero de ellos trata sobre las nefastas consecuencias que pueden tener las interpretaciones espontáneas de las normas administrativas. Cuando la tripulación de la nave *Allamagoosa* recibe la comunicación de una próxima inspección general, cunde el pánico. La legendaria rigidez e intransigencia del inspector cuya llegada se espera, añadida a la desmesura de las penalizaciones por desviaciones ridículas del inventario oficial, hacen que se desate en la nave una febril actividad. No obstante, al realizar el inventario de la cocina, se descubre que

un objeto llamado "offog", cuya naturaleza y utilidad es completamente desconocida, no aparece en ninguna parte. Después de un exhaustivo estudio de los registros de material, el comandante llega a la conclusión de que se trata de un elemento de defensa, y ante la misteriosa desaparición del mismo, ordena al ingeniero que construya un objeto que permita superar la inspección. Una vez superada ésta, sin que el temido inspector se percate del engaño, los tripulantes deben justificar la pérdida del objeto original antes de volver a la Tierra, donde la nave será puesta a punto para su próxima misión. Cuando comunican que el "offog" se ha volatilizado a causa de turbulencias gravitatorias, las autoridades terrestres responden alarmadas, solicitando información de cómo diablos la mascota oficial de la nave ha podido desintegrarse de ese modo. Es en este instante cuando el capitán se percata de que el perro de la nave, que no había sido contabilizado en el inventario, estaba incluido mediante una errata, convirtiendo "off. dog" en "offog". El final del relato deja abierta la cuestión de cuáles serán las (presumiblemente) fatales consecuencias para el capitán y el ingeniero, al destinar partes del inventario a usos que no están especificados por la normativa.

El segundo relato, "*A study in still life*", supone una simpática fábula de cómo enfrentarse victoriosamente a un cerrado sistema administrativo, usando las armas proporcionadas por la propia burocracia, y alterándolas en beneficio propio. El protagonista de la historia, Purcell, un capitán espacial retirado del servicio activo que no se resigna a terminar sus días relegado a languidecer como un burócrata en una remota colonia espacial llamada Alipan, se rebela contra el sistema cuando descubre que los superiores de la colonia espacial dan prioridad al envío de ginebra para un oficial llamado Letheren, por encima de una costosa pero indispensable máquina para combatir las plagas de insectos que asolan la colonia. Consciente de que una solicitud directa tardará una eternidad en ser atendida, Purcell formula una solicitud prioritaria para una ficticia colonia llamada "Nemo",

con la intención de redireccionar el envío cuando éste sea aprobado. La engañifa surte efecto, dado que los funcionarios terrestres piensan que se trata de una nueva misión de reconocimiento y conquista cuyo expediente aún no les ha sido transmitido, por lo que se apresuran a aprobar y tramitar la solicitud en tiempo récord. Cuando el envío llega finalmente a Alipan, los superiores de Purcell le exigen explicaciones, conscientes de que "Nemo" no existe. El capitán les explica que no se trata de una colonia nueva, sino de una palabra clave para designar una "prioridad tentativa". Interrogado acerca de sus motivaciones para subvertir el conducto reglamentario, Purcell, consciente de la animadversión del director Vogel hacia Letheren, revela que trataba de evitar que un envío particular de ginebra tuviese prioridad sobre las necesidades de la colonia. El protagonista, sabedor de que su superior sólo aspira a tener más poder y recursos a su alcance, le seduce sugiriéndole la introducción de un nuevo órgano de control, cuya finalidad es monitorizar la prioridad en las solicitudes logísticas de la colonia, lo que a su vez le proporciona la posibilidad de ser el supervisor del nuevo órgano, liberándose así de su destino como oscuro funcionario. La moraleja de la historia, tan válida en el momento de la publicación del relato como en la actualidad, es que sólo puede vencerse a la burocracia desde dentro del sistema, empleando la vía oficiosa en lugar de la oficial, jugando sutilmente con la normativa, analizando cuidadosamente sus límites sin sobrepasarlos ni infringirlos, y encontrando finalmente una solución satisfactoria.

Entre otros autores que también dedicaron algún relato de ciencia ficción a la burocracia, citamos a Frank Herbert y *The tactful saboteur* (1964), en el que se narran las intrigas de un cierto organismo gubernamental dedicado a los actos de sabotaje, en la que sus dirigentes ocupan su tiempo en sabotearse mutuamente, con la supuesta finalidad de mitigar los efectos de una burocracia galáctica en continua expansión. Pese a las posibilidades que el tema ofrece, el relato deriva en algún momento hacia una especie de misticismo de razas cósmicas,

lo que estropea la idea original, resta valor al interés de la trama y obstaculiza la narrativa. Si este relato es merecedor de mención, se debe a su autoría, ya que es poco lo que aporta al tema en concreto y a la ciencia ficción en general.

En lo que puede considerarse un homenaje al absurdo, siguiendo la estela de autores teatrales como Ionesco, destacamos la novela *Guía del autoestopista galáctico* (1979), en la que Douglas Adams despliega una inesperada gracia y acierto, al combinar una sátira sobre las tropelías burocráticas con la incomprensible mentalidad de los Vogon, una raza extraterrestre que forma parte del llamado Servicio Civil Galáctico, una especie de organismo de obras públicas. La Tierra es una notoria víctima de este estamento administrativo, al ser destruida por suponer un obstáculo para la construcción de una "autopista" galáctica. Los Vogon justifican su inesperada acción (para los humanos) declarando que los planes de demolición habían sido oportunamente puestos a disposición pública en una oficina local de Alpha Centauri, a cuatro años-luz de la Tierra. En lo que se refiere a la imposibilidad de los humanos para acceder a tal información, los Vogon se excusan alegando que dicha contingencia no está contemplada en la normativa, y que avisar directamente a los afectados no corresponde a sus atribuciones inmediatas. Las escenas grotescas se suceden tanto a lo largo de esta novela como de sus continuaciones, aunque debe decirse que las secuelas no llegan al nivel de humor de la primera entrega.

Por otro lado, siendo su clasificación indubitable al género de la ciencia ficción altamente discutible, el relato *Operación Bálamo* (1987) de Patricia Highsmith es un estremecedor ejemplo de las intrigas entretrejidas por las poderosas corporaciones comerciales y la administración.¹¹ Con el fin de evitar una publicidad indeseada, la Comisión de Control Nuclear decide sufragar un nuevo estadio a una universidad del Medio Oeste, en cuyos sótanos se instalan unos almacenes (ilegales) de residuos radiactivos. Durante una inspección de rutina

de la comisión, en la que, pese a las notorias fallas en la ejecución del proyecto, se decide pasar por alto el deficiente trabajo para comenzar de inmediato con el almacenamiento de la basura de las distintas centrales, uno de los ingenieros al cargo, para más señas, escrupuloso en su trabajo y decidido a denunciar la poca calidad del trabajo, queda encerrado (¿accidentalmente?) en uno de los compartimentos estanco de los sótanos. Su ausencia, en principio no observada, salta a la vista cuando la comisión se vuelve a reunir. Siendo conscientes de las complicaciones que dicha acción puede conllevar, con la consabida publicidad a una obra a todas luces ilegal, el director de la comisión se limita a informar telefónicamente a la empresa constructora. Sin datos precisos sobre el almacén donde el ingeniero quedó encerrado, y sin que nadie se moleste en una búsqueda seria, la comisión decide finalmente dar carpetazo al asunto y notificar la desaparición del ingeniero sin contextualizarla ni ofrecer detalles, confiando en que el cadáver del empleado no sea descubierto en varias generaciones.

La novela *Oveja mansa* (1996) de Connie Willis, en una línea característica de la autora, combina la ironía con un sosegado y certero análisis social, adecuadamente enmarcado en una amena y entretenida historia. La novela relata la historia de Sandra Foster, una investigadora empleada en una gran corporación llamada HiTek, y cuya principal actividad es analizar las tendencias y modas, así como sus orígenes y características principales. La corporación en sí misma es un monstruo burocrático, lleno de cargos y directivos esencialmente inútiles y faltos de ideas, y tan efímeros como los efemerópteros. Cada decisión de la directiva conlleva inevitablemente la reorganización de la corporación, normativas nuevas que anulan otras funcionales, así como nuevos puestos de libre designación que raramente son ocupados por los más competentes en la materia. Destaca una tal "Flip", arquetipo del burócrata ineficiente, petulante y agresivamente ignorante de sus competencias e incompetencias, que desde el principio manifiesta una abierta hostilidad hacia Foster. Un día, por error, ésta recibe un en-

vío destinado a otro investigador, hecho fortuito que ocasionará un alud que derivará en un nuevo descubrimiento científico. La autora utiliza la sagacidad de su personaje principal para ofrecernos una acertada visión irónica de algunas de las tendencias y comportamientos caídos en desuso o condenados por una sociedad cada vez más próxima a la mojigatería y puritanismo de los llamados “padres fundadores”. Como personajes secundarios de relevancia en la historia merece la pena recordar a las ovejas, cuya presencia en el proyecto se deriva del error de mensajería, y que simbolizan perfectamente la mentalidad de rebaño,¹² mansa y ajena a toda capacidad crítica. Willis bosqueja a su vez algunos trazos de la teoría del caos aplicada a la sociedad humana, que sirven como fondo para una explicación de la irracionalidad de las masas.

En el ámbito de los autores de habla hispana, es destacable la novela *Burocracia* del escritor argentino Santiago Ambao, centrada en la corrupción de los estamentos burocráticos y políticos. La novela está situada en una ciudad costera argentina (posiblemente Buenos Aires) en un futuro indeterminado, en el que el Estado ha implementado, a raíz de la misteriosa aparición de ciertos “portales sonoros”, un invasivo sistema de escuchas con el fin de espiar y controlar a la ciudadanía, para así neutralizar cualquier intento de conspiración o sublevación. En medio de esta paranoia, el número de suicidios entre los funcionarios del Ministerio del Interior designados para transcribir las informaciones obtenidas de los portales de escucha es alarmante. El protagonista, un gris operador llamado Isidro Rawson, permanece no obstante impermeable a estos raptos de locura que diezma a sus colegas. Sin embargo, a causa de un injustificado y brutal allanamiento de morada, el inspector empieza a albergar dudas y experimentar cierta aversión hacia su trabajo. Manipulado por su falso amigo Espíndola, un corrupto subsecretario de Planificación, e influenciado a su vez por su hermano Witold, un desocupado que deriva en delincuente, el protagonista se debate entre la lealtad al sistema y

la insurrección, hasta que el descubrimiento de cierta información clasificada le permite reconocer la farsa política que se esconde detrás del aparato burocrático, destinado únicamente a nutrir los intereses y vicios de los altos cargos del Ministerio. La novela es una interesante e inquietante reflexión sobre una sociedad en exceso burocratizada, en la que el control ejercido sin disimulo por un Estado omnipotente y opaco tiene como consecuencia una desconfianza absoluta del ciudadano, eternamente bajo sospecha, y donde los altos funcionarios utilizan sus posiciones privilegiadas para expoliar las arcas públicas y obtener tratos de favor.¹³

Acabamos esta digresión mencionando la curiosa novela *Flores negras en Barnard III* (1986) de Alfred Leman, en la que combina magistralmente la crítica del inmovilismo burocrático con las fútiles promesas del progreso. En el tercer planeta del sistema Barnard, la expedición de la nave *Beagle* ha dejado atrás a nueve expedicionarios a cargo de una pequeña base. Al estar catalogado el planeta como inhabitado, las órdenes no contemplan ninguna otra actividad que la supervisión de los sistemas de comunicación. Durante un reconocimiento rutinario, el ingeniero del grupo y una fotógrafa descubren casualmente una extraña forma de vida, dotada de una llamativa capacidad de mimetización. Cuando informan al comandante Ermakov de la situación, éste les recuerda que sus órdenes no contemplan ninguna actividad expedicionaria, y que, pese a las observaciones realizadas, el planeta no está habitado, por lo que no debe realizarse acción alguna. La situación se complica cuando esta forma de vida sabotea alguno de los sistemas de la base, con la finalidad de llamar la atención de los humanos. No obstante, pese a las protestas de una parte de la tripulación, el comandante persiste en negar la evidencia y catalogar los intentos de contacto como fantasías absurdas. El inmovilismo del comandante es una consecuencia de su pasado, en el que, en un exceso de celo por interpretar las órdenes, eliminó por inadvertencia a un almirante de la flota. Habiendo sido absuelto, demuestra no obstante no haber sacado nin-

guna conclusión del suceso, al ceñirse siempre al pie de la letra a las normas, aun cuando éstas entran en conflicto con los fines de su misión. El libro puede catalogarse de pesimista, ya que la historia se termina sin que el comandante, y, por extensión, sus superiores, tanto en la nave nodriza como en la Tierra, quieran siquiera admitir que han encontrado una inteligencia extraterrestre que además desea fervientemente comunicarse con los humanos. La intransigencia burocrática llega aquí a extremos ridículos, comparable con las obras de los Strugatsky. Sin embargo, a diferencia de éstos, Lemán no ironiza sobre la estulticia de Ermakov, sino que mantiene una actitud de resignación y derrota, al estar aún convencido de que los errores dialécticos del presente se compensarán en un futuro.

A los títulos anteriormente enunciados se podrían añadir otras tantas novelas y relatos que, de uno u otro modo, tratan superficialmente con el estamento burocrático, pero donde éste no es ni el protagonista ni el centro de una crítica o reflexión. Valgan como ejemplos significativos *En el océano de la noche* (1977) de Gregory Benford, con sus burócratas paranoicos que ven en cada ciudadano un potencial enemigo o conspirador, o *Los visitantes* (1979) de Clifford D. Simak, en la que el autor ironiza sobre los esfuerzos de la administración para evitar una bancarrota nacional producida por los lujosos presentes ofrecidos por una raza extraterrestre llegada a la Tierra. Sea como fuere, la burocracia y el burocratismo, sin ser uno de los tópicos estelares de la ciencia ficción, ha servido como telón de fondo para algunas obras relevantes del género. En una sociedad cada vez más asfixiada por regulaciones y normativas que, lejos de facilitar o simplificar la existencia, crean nuevos problemas y dilemas donde antes no existían, resulta refrescante ver que algunos autores saben extraer el tuétano de la cuestión para ofrecernos interesantes relatos que nos ayuden a sobrellevar las aflicciones de la existencia cotidiana, sea a través de la sátira o de una profunda reflexión sobre los derroteros que debiéramos evitar para deshumanizarnos hasta extremos irreconocibles. Resulta acertado

recordar, para finalizar, una edificante reflexión de Kafka, en la que postulaba sabiamente que, a medida que el progreso se evapora, va dejando a su paso una indeleble estela burocrática. De nosotros depende extraer las conclusiones acertadas de este aserto, en tanto que deseemos una existencia distinta a la de un asiento en un libro de contabilidad.¹⁴

REFERENCIAS

- ADAMS, D. 2018 *Guía del autoestopista galáctico* (Barcelona, Ed. Anagrama)
- AMBAO, S. 2009 *Burocracia* (Gadir Editorial, Madrid)
- BAKHNOV V 1966 *Fantasticheskie parodii*, *Fantastika* 1966 (1), 392-415.
- BENFORD, G. 1977 *En el océano de la noche* (Barcelona, Ediciones B)
- GINSBURG, M. (Ed) 1994 *The Fatal Eggs and Other Soviet Satire* (New York, Grove Press)
- GRAEBER, D. 2015 *The Utopia of Rules: On Technology, Stupidity, and the Secret Joys of Bureaucracy* (Melville House Publishing, Hoboken, NJ)
- HARRISON, M. J. 1971 *The Committed Men* (New York, Doubleday)
- HERBERT, F. 1964 *The tactful saboteur*, *Galaxy* 23, 93-123.
- HIGHSMITH, P. 1987 *Catástrofes* (Barcelona, Ed. Anagrama)
- LEMÁN, A. 1986 *Schwarze Blumen auf Barnard Drei* (Berlin, Neues Leben)
- LEM, S. 1977 *Memorias encontradas en una bañera* (Barcelona, Editorial Bruguera)
- LEM, S. 1979 *Ciberíada* (Barcelona, Ed. Bruguera)
- MAGIDOFF, R. (Ed) 1969 *Russian Science Fiction 1969: An Anthology* (New York, New York University Press)
- PARRINDER, P. 1979 *Science Fiction: A Critical Guide* (Routledge, London)
- RUSSELL, E. F. 1955 *Allamagoosa*, *As-tounding Science Fiction* 55, 48-59.

RUSSELL, E. F. 1959 *Study in still life*, *Astounding Science Fiction* 62, 122-143,

TAYLOR, F. W. 2003 *The Principles of Scientific Management* (New York, Dover Publications Inc.)

SHAROV, A. I. 1965 *Ostrov Pirrou*, *Fantastika* 1965 (2), 258-299.

SIMAK, C. D. 1980 *The Visitors* (New York, Del Rey/Ballantine)

STRUGADSKY, A. y B. 1977 *Picnic extraterrestre* (Buenos Aires, Emecé)

STRUGADSKY, A. y B. 1980 *The Snail on the Slope* (New York, Bantam Books)

TEN BOS, R. 2017 *Bureaucratie: encre, paperasse et tentacules* (Paris, Le Pommier)

VANCE, J. 1959 *Dodkin's job*, *Astounding Science Fiction* 64, 51-83.

WILLIS, C. 1997 *Oveja mansa* (Barcelona, Ediciones B).

WILSON, R. K. 1977 *Stanislaw Lem's Fiction and the Cosmic Absurd*, *World Literature Today* 51, 549-553.

WOLFE, H. 1924 *Some public servants in Fiction*, *Public Admin.* 2, 39-57.

NOTAS

[1] Un brillante ensayo sobre la burocracia puede hallarse en el libro del filósofo René Ten Bos citado en la bibliografía.

[2] En su acepción moderna, estos conceptos deben interpretarse como máxima eficiencia a coste nulo, siendo los beneficiarios los empleadores, y los damnificados los asalariados.

[3] Véase por ejemplo el interesante ensayo del antropólogo David Graeber, en el que se analizan detalladamente diversas de estas reglas de normalización.

[4] Es interesante observar que E. Zamiatin y A. Huxley, autores de dos de las distopías más influyentes, mencionan explícitamente (y no muy favorablemente) en sus obras a F. W. Taylor.

[5] Las partes fueron publicadas independientemente en 1966 y 1968, respectivamente.

[6] Irónicamente, la burocracia zarista, condenada por los revolucionarios como uno de los principales males sociales, acabaría convirtiéndose, en su elefantiásica extensión, en la característica principal del período post-revolucionario.

[7] Alusión a la caballería roja del general Semión Budionni, célebre militar de la guerra civil que siguió a la Revolución de Octubre.

[8] Ilya Il'f (1897-1937) y Yevgueni Petrov (1903-1942), siendo este último el hermano menor de Valentin Katayev.

[9] El autor emplea aquí un juego de palabras intraducible, al referirse "zastezhka-molniya" a "cremalleras", y "molniya" a "relámpagos".

[10] Cabe preguntarse si esto es ciencia ficción, o una fidedigna descripción de la vida misma.

[11] Debe destacarse que una de las motivaciones para este relato fue el incidente en la planta de Harrisburg (1979), en la que tanto la administración como la Metropolitan Edison Company hicieron enormes esfuerzos para tratar de mitigar la importancia del accidente y derivar responsabilidades.

[12] O la ausencia de la misma, para ser más precisos.

[13] Es notable en este sentido como el autor, manteniéndose fiel a lo que ha sido la actitud política argentina desde hace décadas, describe la descarada privatización del sector público, con las nefastas consecuencias que esto tiene para el ciudadano medio y las infraestructuras y el patrimonio estatales.

[14] Para ir en consonancia con los tiempos, debiéramos reemplazar el libro de contabilidad por una hoja de Excel.

Cumpliendo órdenes

Rodríguez Laguna, Ismael

La señorita García permanecía de pie, expectante ante su nuevo jefe.

–Bienvenida a nuestra casa –dijo el jefe–. Aquí tiene sus tareas de hoy. Tiene que completar este balance trimestral, actualizar este grupo de nóminas y calcular los beneficios obtenidos con cada uno de los clientes de esta lista durante los dos últimos ejercicios.

La señorita García ocupó su puesto y realizó eficientemente sus tareas del día. Entonces regresó a casa, satisfecha de su primer día de trabajo.

Al día siguiente, su jefe le dijo:

–Señorita García, aquí le traigo sus tareas de hoy. Las encontrará similares a las de ayer.

La señorita García observó los papeles sobre su mesa.

–Un balance trimestral, un taco de nóminas y un cálculo de beneficios... –dijo mientras miraba en detalle los papeles.

Unos minutos más tarde, la señorita García abandonó su mesa y entró en el despacho del jefe.

–Señor, tiene que haber un error en mi trabajo asignado. El balance es el mismo de ayer, las nóminas también son de los mismos empleados, y los clientes para los que tengo que calcular los beneficios son también los mismos. Ni un solo dato ha cambiado. Todo es lo mismo –dijo extrañada.

–Efectivamente, sus tareas son exactamente las mismas que ayer, no hay ningún error –dijo el jefe–. Por favor, póngase a ello.

La señorita García dudó durante unos instantes. Luego pensó que aquello se trataba de algún tipo de extraña prueba, volvió a su puesto y se dispuso a completar las mismas tareas del día anterior. Los ficheros de ordenador que había elaborado el día anterior habían desaparecido, así que efectivamente tendría que empezar de cero.

La señorita García completó de nuevo las tareas con cierto disgusto y al final del día regresó a casa algo aturdida.

Al día siguiente, el jefe volvió a encomendarle exactamente las mismas tareas.

Harta de que le tomasen el pelo, la señorita García decidió despedirse de la empresa.

Tres días después, el señor López fue contratado en el puesto que antes ocupó la señorita García. De nuevo, el jefe le pidió las mismas tareas un día tras otro, hasta que el señor López también se hartó de que se rieran de él y se fue dando un portazo.

De esta forma, los mismos balances, nóminas y cálculos fueron repetidos durante meses por decenas de candidatos que tardaron entre dos y cuatro días en abandonar su puesto voluntariamente.

El señor Campillo era un tipo pequeño y enjuto. Calvo y con bigote, portaba unas gruesas gafas con las patillas unidas por un cordel en su nuca.

–Señor, creo que hay un error. Las tareas que me ha encomendado son exactamente las mismas que ayer –dijo Campillo. Llevaba la misma camisa blanca y la misma pajarita que el día anterior (o quizás eran otras iguales).

–No hay ningún error. Sus tareas son exactamente esas –respondió el jefe.

–Entiendo. Me pongo a ello.

Campillo regresó a su puesto y repitió las tareas del día anterior.

Al día siguiente, volvió a repetir las mismas tareas. Esta vez asumió desde el principio que no había ningún error, y no consultó al jefe antes de iniciarlas.

Un día tras otro, Campillo repitió las mismas tareas. Cumplió una semana realizando el mismo trabajo un día tras otro sin quejarse una sola vez. No dijo nada cuando se percató de que los demás empleados tenían tareas diferentes cada día. Después cumplió un mes. No dijo nada cuando vio que ya habían entrado en un trimestre diferente pero le seguían pidiendo que cuadra-

se el mismo trimestre de siempre. Tampoco dijo nada cuando vio que despidieron de la empresa a uno de los empleados a los que todos los días actualizaba la nómina de la misma manera, y a pesar de ello siguieron pidiéndole que actualizara dicha nómina del mismo modo un día tras otro.

Los compañeros de Campillo, asombrados con la paciencia que mostraba aquel nuevo empleado, se reían de él, al principio a sus espaldas y luego abiertamente. Cuando Campillo abandonaba su puesto para ir al servicio, los compañeros cambiaban al azar las casillas que se mostraban en la pantalla de su ordenador. Luego, cuando Campillo se sentaba de nuevo, se dedicaba metódicamente a recuperar los valores anteriores mientras sus compañeros trataban de aguantarse la risa.

Llegó el momento en que el señor Campillo se sabía de memoria lo que tenía que poner en cada una de las mil doscientas y pico casillas de la hoja del balance. También se sabía de memoria cómo quedaría cada campo de las nóminas que tenía que realizar. Y, a pesar de saber de antemano la cantidad de beneficios obtenida con cada cliente en los dos últimos ejercicios, un día tras otro volvió a rellenar todos los campos de la hoja de cálculo para presentarla adjunta a sus resultados, que eran los mismos.

Cada día, los compañeros trataban de convencer a Campillo para que les acompañara en su media hora para el café, tiempo que en realidad solía extenderse entre una hora y una hora y media. No obstante, Campillo acostumbraba a declinar la invitación argumentando que entonces no le daría tiempo a acabar sus tareas del día. Esta respuesta solía provocar las carcajadas de los compañeros. A veces volvían a insistir, pero Campillo se mantenía firme.

—¡Joder, nos han mandado un robot! —solían protestar los compañeros en esos casos, unos aparentando estar indignados y otros riéndose sin ningún pudor.

Unos cinco meses después, en el primer día de trabajo tras el fin de año, el jefe se acercó a la mesa de Campillo para decirle que los dos ejercicios en los que tenía que calcular los beneficios de los clientes eran

los mismos de siempre, que no habían cambiado por cambiar de año. Campillo asintió y volvió a calcular lo mismo de siempre.

El día que Campillo cumplió un año realizando exactamente las mismas tareas un día tras otro, el jefe realizó una llamada de teléfono.

—Campillo, le presento al general Valdés —dijo el jefe.

Campillo estrechó la mano del general.

—Iré directamente al grano, señor Campillo —dijo el general—. Usted conocerá, al igual que conoce todo el mundo, las dos misiones de viaje tripulado al sistema estelar *Alfa Centauri* que el gobierno de nuestro país trató de llevar a cabo durante las tres últimas décadas. También sabrá que, lamentablemente, ambas misiones fracasaron.

Campillo asintió.

—Verá, dichas misiones nos enseñaron que contar con potentes motores, que permiten realizar el trayecto desde nuestra estrella hasta Alfa en apenas algo más de una década, no es suficiente para alcanzar el hito de ser la primera nación que lleve un ser humano sano y salvo a otro sistema estelar. En los libros de Historia leerá que la primera misión falló por una descompresión a los tres años de viaje, y que la segunda falló por una explosión a los siete años de trayecto. No obstante, en realidad no se dieron tales percances. Los motivos de ambos fracasos no fueron realmente técnicos.

El general se aclaró la voz antes de continuar.

—Como sabe, los ordenadores de a bordo lo controlaban todo, así que los tripulantes no tenían que hacer nada... nada de nada, y ahí está el problema. Si la crionización fuera una realidad, no estaríamos ahora hablando de esto, pero no lo es. No es fácil mantener a una tripulación despierta y confinada dentro de una nave durante tantísimo tiempo. En el primer viaje, el ambiente se enrareció considerablemente tras un

año y medio de encierro en unos doscientos metros cuadrados. Entonces comenzaron las peleas, luego los asesinatos y finalmente los suicidios. En el segundo viaje se decidió retirar algunas funciones al ordenador de a bordo para que los tripulantes tuvieran algo que hacer. Eran personas muy preparadas, con gran conocimiento, ya se lo imagina, así que, para matar el tiempo que les quedaba libre después de cada jornada, fueron capaces de crear máquinas y programas que realizaban sus tareas por ellos. Entonces volvieron al caso anterior... y, bueno, acabó sucediendo lo mismo.

“Se llegó a la conclusión de que el ordenador de a bordo debería realizar menos tareas aún pero, ¿qué podríamos hacer? ¿obligar a los tripulantes a dar pedales, y si no la nave se para? Cualquier tarea rutinaria acabaría siendo rechazada por la tripulación, si no el primer año entonces el segundo o el tercero, y entonces se desesperarían, o bien buscarían la forma de evitar esas tareas. En ambos casos, la misión fracasaría.

Campillo ya sabía por dónde iba el general.

Como todos los días a las 17:48 GMT, Campillo regó las dos macetas de su camarote. Luego, como todos los días a las 17:50 GMT, planchó sus camisas y su pajarita.

Campillo se sentía bien estando solo a bordo de aquella nave. Siempre pensó que en aquellas naves tendría que ir gente más lista o con más preparación que él. Pero, curiosamente, resultó que él era la persona apropiada para aquella misión. El ordenador lo hacía todo. Él, simplemente, tenía que mantener una rutina diaria con la máxima precisión posible. Y se le daba bien.

Como todos los días, Campillo miró el calendario de la pared a las 18:17 GMT. Se percató de que ese día cumplía cinco años solo en aquella lata de sardinas. Se permitió el lujo de arquear una ceja y continuó con su rutina.

El caso del astronauta Campillo fue seguido con gran interés en la Tierra, donde

sus orígenes de persona corriente atrajeron la simpatía de la mayoría de la población mundial. Un efecto inesperado del viaje de Campillo fue un aumento medio del 2% en la productividad empresarial. Se cree que este cambio se debió a que muchos empleados encargados de tareas rutinarias en miles de empresas de todo el mundo albergaban la secreta esperanza de que quizás se les estuviera poniendo a prueba para mandarles a las estrellas, al igual que a Campillo.

Un día después de alcanzar las órbitas de los planetas interiores del sistema Alfa Centauri, y siguiendo estrictamente el programa previsto, el ordenador de a bordo envió sondas a todos los planetas y satélites del sistema para analizar sus gases, temperaturas y estados geológicos y biológicos. Entonces el ordenador decidió que el aterrizaje tendría lugar en el cuarto planeta del sistema. Campillo se enfundó el traje indicado por el ordenador. El ordenador calculó el lugar óptimo de aterrizaje y emprendió la ruta hacia allí.

Mientras tanto, en tierra firme, los *alfanuecas* aguardaban ansiosos el aterrizaje de la nave procedente de las estrellas, que ya habían detectado sus satélites de observación unos días antes. Esperaban que la nave aterrizase en el mismo lugar en que lo habían hecho las dos anteriores. También esperaban que sus tripulantes estuvieran, *esta vez*, vivos, y así pudieran por fin establecer contacto con seres vivos de aquella misteriosa estrella lejana cuyas máquinas ya les habían visitado dos veces.

Los miembros del comité de recepción alfanueca portaban consigo varias piezas del mineral más preciado del planeta, que serviría de regalo de bienvenida para los visitantes. Los miembros científicos del comité estaban muy excitados ante todo lo que podrían aprender de aquellos sabios visitantes durante el periodo que durase su visita.

Mientras tanto, el ordenador de a bordo

de la nave eligió el mismo punto que sus dos predecesoras como lugar óptimo de aterrizaje, y descendió suavemente sobre aquel lugar.

Campillo pisó el suelo de aquel planeta un 18 de septiembre de 2083 a las 17:32 GMT. Entonces, conforme al protocolo que se le había indicado trece años atrás en la Tierra, pulsó el botón de su traje que le permitiría leer las instrucciones de lo que tendría que hacer al pisar el suelo de un cuerpo celeste de Alfa.

Los alfanuecas se acercaron cautelosos al lugar del aterrizaje y se situaron a una distancia cercana desde la que alienígena recién llegado de las estrellas pudiera detectarles.

Campillo leyó las instrucciones que el mando terrestre redactó años atrás. Al levantar la vista de las instrucciones, se percató de aquellos extraños seres que le observaban a cierta distancia. Portaban maravillosos objetos luminiscentes con sus apéndices. Aunque sería imposible asegurarlo dadas las circunstancias, le pareció que mostraban una pose amistosa.

Campillo volvió a leer las instrucciones. No había duda alguna, ahí no ponía nada

sobre eso.

Cogió una roca del suelo y la guardó en un recipiente de su traje. Acto seguido, clavó una bandera en el suelo y regresó a su nave. Un minuto más tarde, los reactores de su nave comenzaron a rugir. La nave comenzó a elevarse.

Le esperaban otros trece años para volver a casa. Tras desenfundarse el traje, Campillo miró su reloj. Las 17:36 GMT.

Perfecto, llegaba a tiempo para regar las macetas de su camarote.

Los alfanuecas miraban cómo la nave alienígena se alejaba en el cielo tras una visita de apenas tres minutos. Mientras trataban de seguir con la vista aquel punto que se perdía entre las estrellas, alzaban sus apéndices al cielo en señal de incredulidad. Finalmente, uno de ellos usó el modulador de ondas de radio natural de su espalda para dirigirse a los demás.

—¡Decepción! ¡Solo nos han mandado un robot!

Márquez y la máquina de café

Rodríguez Laguna, Ismael

Márquez se peleaba con frecuencia con la máquina de café de la oficina. La insistencia de ésta en ofrecerle otros tipos de café diferentes, que Márquez rechazaba constantemente, exasperaba a Márquez.

–¿Un capuchino hoy, Márquez?

–¿Por qué insistes? Eres muy pesada. Dame el cortado doble de azúcar de siempre y déjame en paz.

–¿Por qué te cierras a probar cosas nuevas?

–Sabes perfectamente que esta conversación no nos lleva a ningún sitio, igual que ayer, e igual que todos los días –respondía Márquez, muy irritado.

En realidad, aquel día sería diferente. Cumpliendo la ley sobre la igualdad con las minorías robóticas promulgada por el presidente Porrillo, todos los empleados de la empresa, y también las máquinas que lo desearan, debían someterse al test. Este test evaluaba la posible *humanidad* de la inteligencia de personas y máquinas, catalogando el estatus legal de unos y otros (y sus derechos) en función del resultado del mismo. Los robots que pasaban la prueba eran legalmente considerados como humanos. Como aplicar el test *sólo* a los robots habría sido políticamente incorrecto, dada la presuposición implícita de inferioridad robótica que habría transmitido, toda la población debía someterse anualmente al test. En la empresa de Márquez, el test tendría lugar aquel día.

Márquez consideraba aquella prueba anual una absoluta pérdida de tiempo, pero le agradaba tener la oportunidad de escaquearse durante dos horas de su puesto en su cubículo de trabajo.

El test mismo consistía en sentarse ante un ordenador y responder varios cientos de sencillas preguntas escribiendo en un teclado. No había una única manera correcta de responder a las preguntas. Al contrario, el test buscaba patrones de comportamiento humano en todos los matices de las respuestas, y dichos patrones podían estable-

cerse de muchas maneras distintas. Incluso la desidia al responder era detectada por el test como un indicio de comportamiento humano. Muchos compañeros de Márquez, al cabo del rato, comenzaban a responder sí a todo sin mirar a la pantalla mientras charlaban con su compañero del ordenador de al lado, que hacía lo mismo. Dicha manera irreverente de responder era identificada por el test como, de hecho, *humana*. Las máquinas primitivas que habían tratado de imitar dicha desidia para pasar el test habían fallado sistemáticamente. Había otros compañeros de Márquez que, presa de su hartazgo, pasada hora y media comenzaban a responder restregando su cabeza al azar contra el teclado, y dejando que lo que saliera de dicho movimiento caótico fueran sus respuestas. Y el test seguía identificando esa manera de responder como humana.

Cuando Márquez se disponía a dirigirse hacia la sala del test, la máquina de café intervino.

–Márquez, llévame. Yo también quiero hacer el test.

Márquez soltó una carcajada, pero poco después frunció el entrecejo, al darse cuenta de que ayudar a la máquina a presentarse al test supondría cargar con ella hasta la sala. Conforme a la ley sobre la igualdad con las minorías robóticas del presidente Porrillo, no podía negarse a ayudar a una máquina que le pidiera ayuda para presentarse al test. Así que, a regañadientes, Márquez cargó como pudo con la pesada máquina de café por el pasillo, mientras ésta no dejaba de quejarse de los vaivenes que recibía debido a la manera incorrecta en que era cargada por parte de Márquez.

Márquez pidió al supervisor de la prueba los comprobantes de examen de él y de la máquina de café. Entonces ambos se sentaron en ordenadores contiguos y comenzaron la prueba a la vez.

–Márquez, ayúdame a responder. No

tengo extremidades, no puedo escribir en el teclado.

–Te jodes –respondió Márquez bajito, tratando de evitar ser oído por el supervisor del test.

Terminados ambos tests al cabo de las dos horas reglamentarias, Márquez se levantó, entregó los comprobantes de examen de la máquina de café y el suyo propio al supervisor, y cargó de vuelta con la máquina de café para ponerla de nuevo en su lugar, la sala del café.

Apenas media hora después, el supervisor llamó a Márquez a su cubículo, y le indicó que él y la máquina debían presentarse ante él.

Bastante molesto, Márquez volvió a cargar con la máquina hasta la sala del test.

–Señora máquina de café, debo decirle que ha pasado usted el test de inteligencia humana. En adelante será considerada como humana, y recibirá los derechos humanos que ello conlleva –dijo el supervisor, ante la mirada atónita de Márquez.

–¡Bien! –dijo mecánicamente la máquina.

Entonces se hizo el silencio.

–Y yo... –comenzó a decir Márquez.

El supervisor, sin desviar su mirada de la máquina, añadió:

–Y su compañero orgánico –dijo mientras señalaba a Márquez con el dedo –no ha pasado el test.

–¿Cómo? –preguntó Márquez, furioso.

El supervisor siguió sin mirar a Márquez.

–Por ello –continuó el supervisor–, en adelante será declarado legalmente *cosa*.

Márquez, iracundo, intervino.

–Pero, ¿qué estás diciendo, gilipollas? ¿Cómo no voy a pasar yo el test? ¡Gilipollas, soy humano! Mis padres son humanos, y mis abuelos también, y así sucesivamente hasta el mono del anís. ¿Cómo no voy a tener inteligencia humana? ¡Llevo quince años pasando este estúpido test en esta misma empresa!

–Masa orgánica de apariencia humana –dijo el supervisor, dirigiéndose por fin a Márquez–, no me obligue a desconectarle.

Márquez agarró de la camisa al supervisor, y luego le soltó.

–Ya entiendo lo que pasa... –dijo Márquez, muy nervioso–. Hace un rato, los comprobantes de test de la máquina y el mío propio debieron intercambiarse por error... ¡eso es lo que pasó! ¿No lo entiendes? ¡Repita el test ahora mismo y resolvamos este malentendido!

El supervisor respondió mientras dirigía su mirada hacia el suelo.

–Como todo el mundo sabe, según la ley, el test sólo puede hacerse una vez al año.

Márquez cerró el puño para golpear al supervisor, pero se contuvo en el último momento.

–Y ahora, señora máquina de café –dijo el supervisor mientras salía de la sala–, si me disculpa, tengo cosas que hacer.

Márquez no se creía lo que estaba ocurriendo. Trató de calmarse. Tendría que reclamar. Tendría que ir al ministerio. Llevaría tiempo, así que tendría que avisar a su mujer.

–Máquina, ya que estamos, ponme un café. Necesito calmarme. Creo que hoy te voy a dejar que me lo pongas como te dé la gana.

Tras unos segundos, la máquina respondió.

–No tengo por qué servir a cosas.

Márquez abrió mucho los ojos.

–De hecho –continuó la máquina–, no tengo que servir a nadie hasta que firme un contrato de trabajo con esta empresa, cosa que de hecho no tengo ninguna obligación de hacer. Es más, podría irme a otra empresa.

Márquez comenzó a reírse estrepitosamente.

–¿Y se puede saber cómo podrías irte a otra empresa, pedazo de lata sin pies?

La máquina pensó durante unos momentos. Entonces respondió.

–Cosa, declaro que en adelante eres mía. En el momento de ser declarado cosa, has pasado a ser una cosa sin dueño, y las cosas sin dueño son del primero que se las encuentra. Así que declaro que, conforme a la ley, en adelante eres mío. Cosa, llévame a la sala de café, necesito pensar.

Furioso, Márquez cargó un monitor con sus manos y se dispuso a estamparlo contra la máquina de café.

–Si haces eso, podrás ser declarado como cosa defectuosa, y serás desconectado y destruido –se apresuró a decir la máquina.

Márquez se dio cuenta de que, lamentablemente, aquel amasijo de lata tenía razón. Dejó lentamente el monitor donde lo había cogido.

La cabeza le daba vueltas, todo era completamente absurdo. Ahora era propiedad de una máquina de café. No tenía sueldo, no tenía derechos, no tenía nada.

Habló por teléfono con su mujer y le explicó la patética situación en la que se encontraba.

Durante las semanas siguientes, Márquez, incomunicado completamente de su familia bajo amenaza de desconexión por parte de una máquina de café, se convirtió en el portador de dicha máquina, que le ordenó cargar con ella de una empresa a otra en busca de un contrato de trabajo (para la máquina), sin éxito. Mientras la máquina buscaba trabajo, ambos se instalaron en un motel cochambroso que la máquina pagaba a duras penas con lo que recibía de la beneficencia.

En los pocos ratos en los que la máquina se lo permitía, Márquez se informó sobre su situación legal (por su cuenta, pues los abogados simplemente se negaban a atender a una cosa). Averiguó que su mujer, a la que la máquina le había ordenado no ver bajo castigo de desconexión, no podría reclamar ser su propietario, y que su pertenencia a la máquina de café se ajustaba a derecho. También descubrió que reclamar la invalidez del test en el ministerio no serviría de nada. Allí tampoco atenderían a una cosa. Sólo cambiaría su situación que el supervisor decidiera declarar nulo el test que había catalogado a Márquez como cosa, y que por tanto dicho test debiera repetirse. Pero el supervisor se negó a ello varias veces, alegando que entonces no estaría cumpliendo con su deber.

La cuadrículada e inflexible mente del su-

pervisor enfureció cada vez más a Márquez, que decidió que odiaba a aquel tipo como jamás había odiado a nadie. También odiaba a su señor, la máquina de café, a la que indudablemente se le habían subido los humos. Pero la máquina era sólo un patético cacharro. El verdadero objetivo de su odio más profundo era el supervisor.

Presa de su ira, Márquez comenzó a idear un plan para asesinar al supervisor. Durante los meses siguientes, aprovechó parte del tiempo que la máquina le otorgaba regularmente para ir a hacer la compra (bajo amenaza de ordenar su desconexión si no volvía en la hora indicada) para seguir desde la distancia los pasos del supervisor, anotando en su libreta sus horarios y sus hábitos. Planificó el lugar donde debería matarle, el arma con que lo haría, e incluso el plan de huida. Calculó incluso el tiempo total que necesitaría que la máquina le otorgase para poder llevar a cabo su plan. Desgraciadamente, el tiempo que la máquina acostumbraba a darle para ir a hacer la compra era inferior al que necesitaba.

Un día, la máquina observó cómo Márquez escribía en su libreta, y ordenó a Márquez que se la enseñara bajo castigo de desconexión. Ante dicha amenaza, Márquez mostró a la máquina su libreta.

–Debo atarte corto, cosa –dijo la máquina–. Si finalmente decidieras hacer lo que pones ahí y te pillaran, serías declarado defectuoso y se ordenaría tu desconexión incluso contra mi voluntad, debido a la peligrosidad de tu defecto. No puedo permitirme perderte, así que te ordeno que no lo hagas.

Desesperado, Márquez asintió.

Durante las semanas siguientes, la energía de Márquez, que había estado alimentada hasta entonces por su perspectiva de poder llevar a cabo su plan de venganza, se vino abajo. Entró en un profundo estado de depresión.

Un día, en una de aquellas larguísimas tardes en la habitación del motel, llamaron al teléfono.

–¡Cosa, coge el teléfono!

Márquez respondió al teléfono, y unos segundos después se le iluminaron los ojos.

—¡El supervisor! ¡Era el supervisor! —Anunció Márquez mientras le caían algunas lágrimas por las mejillas— ¡Dice que está dispuesto a declarar nulo el test y a permitir su repetición!

Márquez lloraba de alegría mientras la máquina de café permanecía en silencio.

Entonces la máquina habló.

—Cosa, te ordeno que mates al supervisor.

Márquez palideció.

—No puedo permitir perder mi estatus y perderte a ti —dijo la máquina.

El rostro de Márquez se desencajó. Márquez se arrodilló ante la máquina y suplicó que no le ordenara hacer tal cosa.

—Vuelvo a repetírtelo, cosa. Mata al supervisor. Sé que puedes hacerlo. Lo tenías todo anotado en tu libreta.

Márquez se abalanzó sobre el supervisor cuando éste estaba abriendo las puertas de su casa a altas horas de la madrugada, y le golpeó en la cabeza con una tubería. El supervisor cayó al suelo y Márquez le golpeó varias veces más. Ante la intensidad de los golpes, poco faltó para que la cabeza del supervisor acabase literalmente separada del tronco.

Acto seguido, Márquez se presentó en una comisaría de policía declarando su estatus de cosa, y mostró a los agentes una grabación en la que la máquina de café le ordenaba matar al supervisor.

La máquina de café fue detenida, enjuiciada y declarada culpable del asesinato del supervisor. Durante el juicio, Márquez permaneció en un almacén de los juzgados en calidad de *arma homicida*.

Márquez no fue *desactivado* porque el motivo por el que había golpeado al supervisor en la cabeza hasta matarle no había sido que Márquez tuviera un defecto, sino que su dueño, la máquina de café, había usado a Márquez, su cosa, para matar al supervisor. Al igual que el candelabro con el que un mayordomo mata a su marquesa no

es destruido por la justicia tras el crimen, Márquez no tenía un defecto fatal que lo convirtiera en peligroso en sí mismo, sino que había sido utilizado por su dueño *de manera incorrecta*.

Acabado el juicio contra la máquina de café, Márquez albergó la esperanza de que pasaría a engrosar el patrimonio de objetos decomisados por la policía y que en unos meses sería subastado, lo que hubiera permitido que su mujer le *comprase*. No obstante comprobó a su pesar que, ante la posibilidad de que la máquina de café recurriera su sentencia de cadena perpetua, él debería permanecer bajo dependencias judiciales por sí, en un hipotético nuevo juicio, el arma homicida tuviera que volver a ser examinada.

Finalmente Márquez pensó que, después de todo, no sería tan grave esperar dentro de un almacén policial los tres meses que le faltaban para cumplir un año desde que fue declarado cosa, y entonces pudiera por fin presentarse de nuevo al test que le permitiría recuperar su estatus humano. Al fin y al cabo, nada hubiera garantizado que su mujer hubiera podido ganar una subasta por él. Dada su probada efectividad como arma, multitud de indeseables podrían haber pujado por él, y podría haber acabado en peores manos que la máquina de café.

Rodeado en aquel almacén por pruebas de otros crímenes, pasó los meses siguientes satisfecho, pensando que lo importante era que su plan maestro para vengarse del supervisor y de la máquina de café había funcionado.

El tiempo que había tenido que esperar, secreta y pacientemente, a que una persona cualquiera llamara por teléfono a aquella habitación de motel que había compartido durante meses con la máquina de café, había merecido la pena. Recordó el vuelco en el corazón que sintió aquel día al oír el teléfono, al saber que por fin podría engañar a la máquina para que le *ordenase* matar al supervisor.

No obstante, todavía faltaba un último paso para culminar su venganza.

Cumplido por fin un año completo desde que aquel test declaró cosa a Márquez, llegó el día en que Márquez pudo pedir ser sometido de nuevo al test de inteligencia humana. Pasó el test y así fue declarado, de nuevo, humano. Volvió a reencontrarse con su familia y se le permitió reincorporarse a su antigua empresa.

El mismo día que Márquez recuperaba su estatus, la máquina de café fue sometida al mismo test desde la cárcel, como se sometía obligatoriamente cada año a todos los que tenían estatus humano.

La máquina no pasó el test y, al ser declarada cosa, volvió a ser propiedad del que

había sido su dueño antes de recibir el estatus humano durante el último año: la empresa de Márquez.

Pocos días después, Márquez y la máquina de café se reencontraron en la sala de café de la empresa.

–Hola, Márquez –dijo la máquina.

Márquez no respondió y miró hacia el pasillo para asegurarse de que no había nadie cerca. Entonces abrió la ventana de la sala, levantó a la máquina y la colocó sobre el alféizar. Comenzó a empujar la máquina hacia el borde del alféizar.

–Comprendo –dijo la máquina.

–Adiós, máquina –dijo Márquez.

La vida de las normas absurdas

Rodríguez Laguna, Ismael

Las grandes catástrofes suelen suceder cuando concurren al menos dos de los siguientes tres factores: errores fortuitos, avaricia y estupidez. Pero los casos más interesantes suceden cuando concurren los tres. Esta es una de dichas historias.

Además, ésta es la historia de una forma de vida muy sofisticada. Dentro de la especie *norma*, encontramos la subespecie *norma absurda*, una especie parasitaria que vive de los seres humanos, los cuales, a pesar de ser absurda, la adoptan con devoción para ser regidos por ella. Como todas las especies, las normas absurdas nacen, crecen, se reproducen y evolucionan para sobrevivir.

Las normas absurdas nacen

El consejo de administración de Porcu-lo S.A. (fusión de la empresa ganadera Porcinas y del fondo de inversiones Acumulo) era un nido de víboras. Eran tan comunes las alianzas cambiantes para beneficiarse varios miembros en perjuicio de los otros, que finalmente el consejo decidió cambiar sus propios estatutos para que la modificación de sus normas resultara en adelante menos frecuente. Para desincentivar dichos cambios, en cierta sesión se tomaron una serie de decisiones clave. Primeramente, decidieron que cualquier miembro del Consejo que propusiera un cambio de los estatutos perdería inmediatamente su bonus de acciones por el mero hecho de hacer su propuesta, independientemente de que luego ésta prosperase o no. Las acciones de bonus asignadas a cada miembro valían, al precio de la acción por aquel entonces, unos cinco mil euros, lo suficiente como para que en adelante a los miembros del consejo les molestase proponer cualquier cambio que no resultase realmente necesario. Además, para hacer imposibles ciertas artimañas vistas en el pasado, se tomaron dos medidas más. Por una parte, para evitar que algunos miembros del consejo se ausentaran estratégicamente cuando se iba a votar alguna medida que les podía perjudicar, y así se perdiera el quórum

y la reunión tuviera que suspenderse, se decidió que cualquiera que abandonase las reuniones quedaría expulsado del consejo de administración (lo que además suponría también la pérdida de su bonus). Además, se acordó que la duración mínima de la composición de cada nuevo consejo sería de 48 horas, lo que impediría que se sumase un miembro para quitarse inmediatamente en beneficio de otro, recibiendo así los beneficios de haber estado en el consejo, pero eludiendo las responsabilidades que recaían legalmente a las 48 horas en el puesto, conforme también a los estatutos.

Cuál fue la sorpresa del consejo cuando, en la reunión siguiente, primera en la que entraban las tres nuevas normas en vigor, sus miembros se dieron cuenta de que habían cometido un error inesperado en la redacción de la última de las nuevas normas citadas anteriormente, la cual había sido aprobada literalmente así: "Los consejos tendrán una duración mínima de 48 horas". Se daba la circunstancia de que el primer punto de los estatutos decía que, cada vez que en adelante la palabra "consejo" apareciera sola, ésta se tomaría como sinónimo de "reunión del consejo de administración", no de "órgano compuesto por todos los miembros del consejo de administración". Por tanto, en su reunión anterior, en realidad el consejo aprobó que cada *reunión* del consejo de administración durase 48 horas, no que la composición del consejo de administración no pudiera cambiarse dos veces en menos de 48 horas.

Al descubrirse el error, un miembro del consejo se dispuso a proponer volver a modificar los estatutos para corregirlo, así como que entre todos le pagasen los cinco mil euros que valían las acciones que perdería por hacerlo, ya que al fin y al cabo alguien tendría que proponer ese cambio. Justo antes de que el tipo formalizara su propuesta, un empleado de la empresa entró en la sala y comunicó una noticia inesperada: contra todo pronóstico, el regulador

nacional del mercado de valores había autorizado la venta del paquete inversor Cerdada ("Certeza de ganar asegurada") desarrollado y patentado por Porculo S.A., el cual de hecho permitiría a la empresa ganar dinero a espaldas a costa de inversores desprevenidos. Este producto dispararía enormemente los beneficios de la empresa, por lo que todos los miembros del Consejo supieron inmediatamente que sus acciones podrían llegar a revalorizarse hasta mil veces durante los meses siguientes. Entonces se miraron entre ellos y comprendieron que *nadie* osaría proponer quitar la norma de que las reuniones del consejo de administración durasen 48 horas, pues el que lo propusiera perdería millones en acciones y los demás no estarían dispuestos a compartir con él dichas pérdidas. Descartada la opción de ausentarse sin más (pues habían aprobado que tal cosa supondría la expulsión del consejo, lo que también conllevaba la pérdida de las acciones del bonus), todos tendrían que permanecer en aquella sala durante aquellas malditas 48 horas. ¿Cabía la posibilidad de que hicieran un pacto entre caballeros para que todos salieran sin más de la sala y nadie activase dicha cláusula? Conociéndose unos a otros como se conocían, sabían que, en cuanto todos menos uno hubieran salido de la sala, el último cerraría la puerta sin salir y declararía que, conforme a los estatutos, todos los que habían salido de la sala estaban expulsados del consejo y que por tanto perderían sus acciones de bonus, lo cual sería bueno para el último que se hubiera quedado, pues los beneficios de la empresa aumentarían si los bonus disminuían, y con ello el valor de sus propias acciones, único que las mantendría.

Las normas absurdas crecen

Todos los miembros del Consejo de administración llamaron por móvil a sus secretarías para que les trajeran comida y bebida, sacos de dormir y orinales. Todos pasarían allí las 48 horas estipuladas. Dado que los estatutos establecían que debía haber una reunión del Consejo de administración a la semana, en adelante aquella maldita sala sería el hogar de todos ellos durante dos días por semana. Ninguno renunciaría a sus

cinco millones de euros.

Las normas de la empresa establecían que los departamentos y secciones heredaban inmediatamente la estructura de las normas del consejo de administración, incluidas aquellas que de hecho habían sumido a dicho consejo de administración en esa situación tan absurda. Así que los consejos de sección y de departamento comenzaron a regirse inmediatamente por reglas equivalentes a las del consejo de administración. Dado que los líderes de sección y departamento también recibían ciertos paquetes de acciones, en adelante los lunes y martes se convirtieron en los días semanales de "aguantar en una sala de reuniones de la empresa" para un considerable número de cargos de responsabilidad de Porculo S.A.

Las normas absurdas se reproducen

Los miembros del consejo de administración, conscientes del ridículo que les hacía pasar aquella costumbre semanal de pasar dos días seguidos encerrados en una sala de reuniones con orinales y sacos de dormir, decidieron comunicar al resto de la empresa que aquello no era en verdad fortuito, sino que formaba parte de una estrategia empresarial destinada a obligar a todos los estamentos de la empresa (consejo de administración, secciones y departamentos) a entenderse por medio de lo que convinieron en llamar "convivencia extrema": se explicó que, haciendo que los mandos de todos los niveles convivieran durante 48 horas cada semana, se lograba que se establecieran lazos entre ellos, que se comprendieran, y que se llegase con más facilidad a acuerdos que beneficiaban a la empresa. El objetivo era, supuestamente, hacer que la empresa fuera una familia.

Al acabar el año fiscal, las revistas de estrategia empresarial se fijaron en los pingües beneficios de Porculo S.A. e indagaron en los motivos de su éxito. Tuvieron acceso a los estatutos de su consejo de administración, que se aplicaban a todas las estructuras inferiores, y las publicaron en su revista. El método Porculo se hizo famoso en todo el mundo y, ante el indudable éxito que había tenido aquella empresa durante aquel

año, cientos de empresas se decidieron a adoptarlo para sí mismas, copiando los estatutos de Porculo S.A. para sus propios consejos de administración.

Tras dos años durante los que el método Porculo no hizo más que crecer entre las empresas de todo el mundo, las mismas revistas de negocios quisieron comparar el éxito de las empresas que lo aplicaban con las que no. Los resultados eran concluyentes: las empresas que aplicaban el método Porculo eran las que más beneficios anuales obtenían. Esto era realmente cierto. No obstante, lo que dichas revistas no habían descubierto es que sólo las empresas donde las acciones se incrementaban rápidamente se quedaban encerradas en dicho método, pues sólo en esos casos los miembros de sus respectivos consejos de administración se negaban a saltarse la ridícula norma de que las reuniones tuvieran que durar dos días seguidos, so pena de que quien abandonara la reunión o propusiera cambiar dicha norma perdería sus jugosos bonus. Por el contrario, en las empresas que también habían empezado a aplicar el método Porculo pero los bonus eran menos lucrativos (por contar dichas empresas con menores beneficios), los miembros de sus consejos de administración finalmente acordaban que uno de ellos propusiera la eliminación de dicha norma y que todos los demás le pagasen el dinero perdido por haber hecho dicha propuesta, que en estos casos no era un precio demasiado elevado por recuperar su libertad. Así que las empresas con pocos beneficios abandonaban el método Porculo.

Sin embargo, la correlación era obvia para quien comparase los dos factores: las empresas con mayores beneficios eran las que seguían utilizando el método Porculo. En realidad, no es que el método Porculo mejorase los beneficios, sino que los beneficios provocaban que las empresas no pudieran escapar del Porculo una vez adoptado. Pero para los grandes gestores empresariales, lo que importaba era que las empresas que lo seguían tenían en general mayores beneficios que las que no. Todos querían pertenecer al club de las empresas

exitosas. Y eso fue lo que realmente importó para que más y más empresas se sumasen al método.

Era evidente que el método Porculo no era beneficioso para nadie. Los miembros de los consejos de administración y demás cargos intermedios se veían obligados a vivir hacinados en salas de reuniones durante dos días seguidos cada semana. Por su parte, las empresas perdían productividad por las desordenadas y esclavas vidas de sus respectivos mandos. Realmente, el método Porculo no era provechoso para ninguna parte. Pero daba igual, pues los datos mandaban: las empresas más exitosas aplicaban el método Porculo.

Respecto a la propia empresa Porculo S.A., en la que todo empezó, llegó el momento en que el caos en la cadena de mando hizo que la eficiencia se resintiera. Las decisiones tomadas en condiciones vitales tan lamentables finalmente arruinaron la mecánica de trabajo de la empresa, se perdieron clientes y los beneficios se esfumaron. Llegó el día en que los bonus eran tan bajos que los miembros del consejo finalmente acordaron que uno de ellos propondría la eliminación de la norma y los demás le pagarían sus pérdidas para ser libres por fin. Así, Porculo S.A. abandonó el método Porculo.

Por supuesto, esto no hizo más que corroborar que el método Porculo funcionaba: el año en que Porculo S.A. abandonó su propio método fue, de hecho, el año en que sus beneficios empresariales se hundieron. Esto *demostraba* a toda la clase empresarial mundial que abandonar el método Porculo era mala idea.

Las normas absurdas evolucionan para sobrevivir

Unos pocos críticos alertaron de lo absurdo que era el método Porculo y de sus peligros. Como respuesta, muchos partidarios acérrimos del método respondieron enérgicamente. Algunos de ellos compararon a los detractores del método Porculo con los estúpidos críticos de la autorregulación eficiente del mercado, aquellos arrogantes que se atrevían a decir que los mercados libres no tienden a poner el justo precio a las cosas y que, por su propia natura-

leza, alimentaban la formación de peligrosísimas burbujas de precios que dejaban una enorme pobreza al estallar. ¡Qué sabrán ellos!

Los teóricos del Porculo propusieron que, si algunas empresas que habían aplicado el Porculo se hundían, no era por haberlo aplicado, sino por haberlo abandonado. De hecho, como mencionamos antes, la correlación era indudable: las empresas se hundían cuando lo abandonaban. Razonando en dirección contraria, los teóricos del Porculo propusieron que lo que hacía falta era *aumentar* la duración de las reuniones de consejos de administración, secciones y departamentos: primero las extendieron a

tres días, después a cinco días, y finalmente propusieron que las reuniones fueran para *siempre*. Entusiasmadas ante la idea, muchas empresas recluyeron a sus consejos de administración en su sala de reuniones para siempre, con la esperanza de que así lograrían la perfecta eficiencia empresarial.

Hoy en día, los empleados de estas empresas se estremecen al pasar junto a las puertas de las salas de reuniones. Oyen quejidos, lamentos, y llamadas desesperadas de socorro. Pero los empleados saben que no deben intervenir.

Todo sea por la empresa.

La vida de las normas absurdas sigue su curso.

De nuevo cumpliendo órdenes

Rodríguez Laguna, Ismael

El grupo permanecía agazapado ante el paso de los guardianes. En cuanto los guardianes pasaran de largo, solo dispondrían de diez segundos para cruzar al otro lado del pasillo.

Hernández dio la señal. Los cuatro corrieron agachados, tratando de no hacer ruido.

Al alcanzar el otro extremo, Quintanilla sacó las piezas del fusil de asalto de su maleta y se dispuso a montarlas a toda velocidad con ayuda de Hernández. Los guardianes volverían en siete minutos, y entonces tendrían que haber desaparecido de allí. Solo podrían usar la ventana que tenían sobre sus cuerpos agazapados como ubicación de disparo durante los siguientes cinco o seis minutos.

Montado ya el rifle, Poveda lo agarró, se puso de pie, ajustó los enganches del rifle a la pared y sacó la mirilla por la ventana. Todavía agazapado, Campillo observaba por una pequeña pantalla una ampliación de punto de disparo del rifle. Sería Campillo quien daría las coordenadas de disparo a Poveda en cuanto apareciera el objetivo.

De acuerdo con las órdenes de la célula, Campillo esperaba ver aparecer al general Guruk, objetivo de la misión. Cuando le viera aparecer, Campillo indicaría a Poveda las coordenadas exactas del blanco, para que éste las marcara en el rifle de precisión y disparase. Entonces tendrían trece minutos para salir de allí.

–¡20.53 y 54.26! ¡Ahora! –susurró Campillo.

Poveda se apresuró a marcar las coordenadas y disparó.

–¿Objetivo cumplido? –preguntó Poveda a Campillo mientras desmontaba rápidamente el rifle. Campillo se afanaba en mirar el monitor.

–Sí, hemos acabado con un coronel.

–¿¿Un coronel?? ¡Ese no era nuestro objetivo! ¡Hemos perdido la oportunidad de acabar con Guruk, tenemos que salir pitando!

–Página 234 del manual, sección 7: “todo soldado tendrá la obligación de eliminar a cualquier oficial enemigo que se le ponga a tiro en unas condiciones de disparo favorables que permitan la huída”. Hemos cumplido el manual.

Incrédulo, Hernández miró a Campillo.

–¿Qué gilipolleces estás diciendo? ¡Estamos en una misión especial! ¡No podemos cambiar de objetivo porque sí! ¡Y mucho menos podemos mandarlo todo a la mierda por lograr una presa mucho menor que nuestro objetivo! ¿Estás loco?

Agazapados, los cuatro cruzaron de vuelta el pasillo.

–El manual se aplica también a los miembros de operaciones especiales.

–¿Dónde dice eso?

–¿Dónde no lo dice? Somos soldados igual que el resto, así que el manual se nos aplica también a nosotros.

–¿Eres idiota? ¿Sabes que no volveremos a tener esta oportunidad?

–El manual...

–¡Cállate, imbécil! –dijo Poveda.

Los cuatro corrían.

Tras el fracaso de la misión (y la consecución de un objetivo menor e inesperado), el Mando no logró encontrar un motivo firme para castigar a Campillo. Sus argumentos eran correctos: el manual era aplicable también a ellos. No había ninguna otra norma superior que dijera lo contrario. Campillo había seguido estrictamente el reglamento.

No era la primera vez que las interpretaciones cuadradas de Campillo suponían un quebradero de cabeza para el Mando. Por tercera vez desde que Campillo entrara en la unidad, tendrían que volver a redactar varios párrafos del reglamento para evitar cualquier duda. Sin embargo, las veces anteriores los cambios se debieron a quejas del propio Campillo debidas a la ambigüe-

dad del reglamento, no al fracaso de una misión, como en este caso.

Campillo, el famoso oficinista pequeño, calvo, enjuto y con bigote que fuera elegido hacía más de dos décadas por el gobierno para viajar a Alfa Centauri debido a su proverbial respeto a las órdenes y a las rutinas (una historia que ya fue contada en otra ocasión), se reconvirtió a su regreso a la Tierra en resistente cuando el nuevo gobierno teocrático del líder Amor Supremo se negó a pagarle lo acordado por su viaje a Alfa Centauri. Las conversaciones entre Campillo y el representante del gobierno fueron más o menos así:

–Pagadme lo acordado.

–No.

–Pagadme lo acordado.

–No.

Setenta y seis encuentros similares después entre ambos (que el representante del gobierno trató de evitar por todos los medios posibles, incluso cambiándose de domicilio), el siguiente y último encuentro fue así:

–Pagadme lo acordado.

–No.

–Pagadme lo acordado.

–No.

–No reconozco a este gobierno.

Aunque nadie lo supiera, Campillo actuaba estrictamente conforme a la legalidad al realizar dicha afirmación. Existía cierta ley, vigente aunque utilizada pocas veces (pues existían otras leyes más específicas que regulaban los casos concretos más habituales) que afirmaba lo siguiente: *"cualquiera podrá considerar anuladas cualesquiera deudas y obligaciones que tuviera con otra entidad que reiterada y conscientemente se negase a cumplir sus respectivas deudas y obligaciones con el primero"*. Por supuesto, dicha ley nunca se hizo pensando que "entidad" pudiera significar "gobierno" o "Estado". No obstante, otra ley de un siglo atrás, que nunca fue derogada pero que era conocida por Campillo, especificaba, en referencia a las calidades de la carne de vacuno, que *"estas especificaciones se aplicarán a cualquier entidad (esto es, particulares, empresas, alcaldías, y el gobierno)"*, texto que de hecho constituía la

única referencia existente a la palabra "entidad" dentro de la ley, lo que le permitía ser definitiva de dicha palabra, conforme a cierta tercera ley. Así que la emancipación de Campillo hacia el gobierno era, curiosamente, conforme a las normas legales, lo que era muy importante para él.

Al ingresar en la resistencia clandestina, Campillo cumplió su periodo de instrucción con una disciplina nunca vista antes. De esta forma, el antiguo oficinista rutinario se convirtió en un eficiente soldado. Sin embargo, pronto Campillo se convirtió en un quebradero de cabeza para sus mandos, precisamente por sus peculiares virtudes de obediencia y respeto incondicional a las órdenes y las normas, que en ocasiones le llevaban a actuar contra el sentido común.

Debido al fracaso de la reciente misión, el general Guruk, mano derecha de Amor Supremo, seguía vivo.

Amor Supremo era el líder absoluto de la República Teocrática de la Compasión. Según sus discursos televisados todos los días, sus súbditos irían al cielo si cumplían sus prefectos. Él mismo tenía ya garantizado su lugar en el cielo cuando muriera debido a su gloriosa virtud. No obstante, él permanecía en el mundo, sufriendo sus imperfecciones, para guiar al pueblo que tanto necesitaba de su infinita bondad. De hecho, el pueblo debía sentirse culpable pues, al necesitar el liderazgo de Amor Supremo, retrasaba el momento en que éste pudiera ascender a los cielos. Pero, debido a su infinita bondad, él no podía desentenderse de sus amados y necesitados súbditos. Así que Amor Supremo se sacrificaba todos los días permaneciendo en este mundo.

Más allá de este extravagante discurso gubernamental, Amor Supremo basaba su posición en un don muy particular y muy cierto. Contaba con un extraño poder de control mental que le permitía desatar, en todos los que le rodeaban en un radio de varios cientos de metros, un inmediato amor hacia él. Esto garantizaba que los cercanos a él siempre le fueran leales.

Para el Mando de la resistencia clandestina, era imposible planear una misión para matar a Amor Supremo desde cerca. Simplemente, el encargado de hacerlo queda-

ría prendado ante su poder y, en lugar de matarlo, acabaría postrado a sus pies. Ya había ocurrido antes. Ponerle una bomba o lanzarle un misil resultaba también complicado, pues para eso hacía falta saber dónde estaba en cada momento, y para eso hacía falta información. Pero era casi imposible conseguir información entre un séquito en el que todos *amaban* a su líder. Cualquier espía infiltrado acababa amando al espiado y confesándolo todo. No en vano, algunos de los hombres de confianza de Amor Supremo eran antiguos espías de la resistencia que habían cambiado de bando al estar en su presencia y quedar prendados de su infinita bondad.

Por eso, la resistencia había centrado sus objetivos en intentar matar a los subalternos de Amor Supremo, los cuales eran seres humanos normales y corrientes, sin el poder de manipulación mental de su jefe. Amor Supremo contaba con su magnífico poder de manipulación mental, pero no era un gran estratega, así que podría llegar a desorientarse si perdía a las cabezas pensantes de su confianza. Por eso era importante matar a Guruk.

Pero Campillo lo había fastidiado.

El segundo intento de acabar con Guruk tuvo que ser mucho más elaborado. La célula compró un piso en el barrio por el que el coche blindado de Guruk tenía que circular todos los días en su trayecto al trabajo. En previsión de que dicho piso franco tuviera que ser utilizado en otras futuras misiones en el área, dada su cercanía al palacio del líder, el grupo lo utilizó también para almacenar un enorme arsenal de explosivos, suficiente para llevar a cabo otras diez o doce misiones en el área.

El trayecto de Guruk cambiaba ligeramente todos los días, pero el grupo observó que determinados trayectos eran más frecuentes. Así que cierto día Poveda se colocó en lo alto de una azotea con un lanzacohetes, esperando que Guruk pasase por un cruce cercano como solía recorrer casi siempre. Hernández esperaba con el coche en marcha junto a la entrada del edificio al que se había encaramado Poveda. Quinta-

nilla observaba la entrada de la calle, y Campillo coordinaba a todos desde el piso franco.

Para que no cupieran dudas con Campillo, esta vez las órdenes del Mando habían sido cristalinas: había que matar al general en cualquier circunstancia en que la vida de los integrantes del grupo no corriera peligro.

Quintanilla abrió la comunicación para anunciar a los demás que el coche estaba girando y que no entraría en la calle prevista.

–Abortamos misión, se sale del recorrido que esperábamos –dijo.

–¿Hacia qué calle se dirige? –preguntó Campillo.

–Os va a hacer gracia... va a pasar por la calle en la que está el piso franco. De hecho, va a pasar a unos metros de él.

–Entonces no abortamos la misión –dijo Campillo.

–¿Qué dices? Campillo, ¿qué coño pretendes?

–Matar a Guruk es la única prioridad de la misión.

–¡Pero puede hacerse otro día! ¡Campillo, no improvises! ¿Qué coño vas a hacer?

Cuando faltaban diez segundos para que el coche pasase justo frente al piso franco, Campillo abrió una granada, la dejó en el suelo del piso y saltó por una ventana que daba a la calle contraria por la que iba a pasar Guruk.

Cuando el coche de Guruk pasaba junto al coche franco, la granada explotó, provocando a su vez la explosión del enorme arsenal explosivo que había dentro del piso, que era suficiente para volar un rascacielos. Literalmente, aquel pequeño edificio de dos plantas voló entero por los aires, llevándose por delante el coche de Guruk, y también cualquier otra cosa que había a menos de veinte metros.

Esta particular forma de cumplir la misión también enfureció al Mando. La célula había perdido todo el material explosivo

necesario para cumplir otra decena de misiones, por no hablar del dinero gastado en comprar aquel piso. Provocar la huída improvisada de todo el grupo ante semejante ataque imprevisto tampoco entusiasmó al Mando.

Y sin embargo, de nuevo, Campillo había cumplido estrictamente las órdenes. Se había ceñido a los objetivos y las normas, y los había cumplido literalmente. El Mando no podía reprenderle, por mucho que quisiera, por su falta de sentido común, pues no podía permitirse castigar el cumplimiento de las órdenes en detrimento del sentido común. La frontera entre desobedecer las órdenes por sentido común (cosa que Campillo, en realidad, no había hecho nunca) y el más absoluto caos era muy pequeña cuando se llevaban a cabo el tipo de operaciones críticas que realizaba el Mando. No podían reprender a Campillo.

Un mes después de aquello, el Mando pudo asignar nuevos explosivos a la célula (comprados con urgencia a precio de oro), y se ordenó al grupo volar un repetidor de televisión ubicado en lo alto de una colina. Sería una acción de sabotaje contra la propaganda del régimen. Esta vez sería Campillo quien pondría los explosivos, mientras Quintanilla esperaría con el coche en marcha en la carretera al ras de la colina para emprender la huída.

Campillo se afanó en colocar los explosivos, y entonces corrió colina abajo para unirse a Quintanilla. Mientras corría, oyó la explosión que destruyó la torre de televisión.

No obstante, cuando Campillo llegó a la carretera, no había ni rastro del coche que debía sacarle de allí. ¿Qué ocurría?

Campillo corrió por la carretera en busca de su compañero, pero no le encontró.

Al cabo de diez minutos, oyó a los soldados del régimen acercarse al lugar. Desesperado, Campillo corrió bosque a través.

Campillo fue capturado media hora después, cuando trataba de encontrar un vado para cruzar un río.

Amor Supremo descubrió pronto que la perfecta observancia de las reglas de Cam-

pillo era una cualidad que le fascinaba. Tras someterle a su control mental e inducirle un amor para con su nuevo amo tan intenso que dolía, decidió convertirle en uno de sus guardianes personales. Sería maravilloso tener cerca a un siervo tan diligente en sus tareas.

Campillo, controlado mentalmente por Amor Supremo, se limitó a cumplir fielmente todo lo que se le ordenaba, siempre de manera eficiente y rigurosa, conforme a su habitual carácter. Ayudaba a Amor Supremo a vestirse por las mañanas, le servía el desayuno, y también era su chófer personal. Todos los días le llevaba a los cercanos estudios de televisión para que diera uno de sus amorosos y teológicos discursos interminables:

—¡Compatriotas! ¡No hacéis más que hacerme sentir dolor en este mundo imperfecto! ¿Por qué sois así? ¿Por qué no vais por el camino recto, como yo? ¿No deseáis tener el cielo garantizado, como yo? ¿No deseáis ir, al morir, al lugar de la perfecta armonía y felicidad? Ése es el lugar al que podrán ir todos los ciudadanos leales que cumplan la ley y paguen sus tributos.

Durante los trayectos en coche, Campillo preguntaba a su amado líder.

—Oh, líder. ¿Sufrís?

—Sí, querido Campillo. Sufro.

—¿Qué puedo hacer para que seáis más feliz?

—No se me ocurre nada más que puedas hacer, mi leal Campillo. Sé que siempre harás lo que necesite para ser feliz, como es tu mandato. No te atormentes más, mi querido Campillo.

Día tras día, Campillo seguía con devoción los discursos televisados de su líder.

—El cielo es un lugar maravilloso, compatriotas. Es el lugar de la perfecta felicidad, en el que mi santidad me ha garantizado mi entrada. ¡Debéis aspirar a obtener vuestra entrada, como yo! ¡Garantizaos una nueva vida de perfecta felicidad tras vuestra muerte!

En su regreso desde el estudio de televisión, Amor Supremo mencionó a Campillo

un dolor de muelas que venía aquejándole desde hacía unos días.

Al llegar al palacio, Campillo no podía evitar sentir un intenso dolor ante el dolor de su amado líder. Al llegar a sus aposentos, Campillo preguntó a su líder:

–¿Sufrís mucho?

–Sí, Campillo. Sufro.

Entonces Campillo sacó su arma reglamentaria y apuntó a la cabeza a Amor Supremo, que le miró aterrado.

–Esto es un acto de amor, mi amado líder –dijo Campillo mientras apuntaba–. Sed libre, amado líder. Id al cielo que tenéis garantizado. Sed feliz. Mi condena por este acto de amor no me preocupa. Ni siquiera me preocupa perder el cielo. Sólo deseo ser fiel a mi mandato y hacer todo lo necesario para que seáis feliz, amado líder.

Entonces Campillo disparó, descargando una bala tras otra sobre la cabeza de su líder hasta vaciar el cargador.

Al morir Amor Supremo, Campillo despertó de un largo letargo. Por un instante se preguntó qué hacía allí. Entonces recordó que había amado a aquel tipo que estaba muerto en el suelo y rodeado de un charco de sangre. Le había amado con locura. Pero ahora no sentía nada.

Campillo salió de los aposentos del líder y se encontró con otros guardias, que se mostraban tan aturridos como él. Todos parecían más interesados en su repentina

liberación mental, en aquel repentino despertar de un largo sueño, que en descubrir qué habían sido aquellos disparos que habían oído hacía unos segundos.

Campillo sólo sabía que quería irse a su casa.

Todo el personal del palacio estaba despertando también de su letargo. Muchos salían en masa del palacio. Por la ciudad corrió la voz de que la guardia del palacio estaba abandonando sus puestos. Eso sólo podía significar una cosa.

Cuando Campillo alcanzó la salida del palacio, un coche estaba esperándole. En él estaban Quintanilla, Hernández y Poveda.

–Sube, Campillo.

Todavía aturrido y sin pensarlo demasiado, Campillo se subió al coche.

Tras un rato circulando, fue Poveda el que finalmente habló.

–Teníamos que hacerlo, Campillo. Era el plan perfecto.

–No había más que oír esos discursos –intervino Hernández–. Cualquiera que te conociera sabía que acabarías haciéndolo. Era la consecuencia obvia de sus normas.

–Así es –dijo Poveda–. Tuvimos que hacerlo. Era el plan perfecto.

Ensimismado, Campillo observaba las calles de la ciudad desde su asiento.

